



La Colmena

ISSN: 1405-6313

lacolmena@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de

México

México

Rivas Salgado, Sergio

Pensar el mal

La Colmena, núm. 48, 2005, pp. 52-56

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=446344895008>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

# PENSAR EL MAL

El Mal es en la misma medida que el Bien una fuerza creadora. Ahora bien, es el más activo de los dos. Pues con demasiada frecuencia el Bien haraganea.

E. M. CIORAN.

**E**M. Cioran nació en Rasinari, Rumania. Cursó estudios de filosofía en la Universidad de Bucarest, donde se licenció con una tesis sobre el intuicionismo en Henri Bergson; pero a pesar de su gusto por la filosofía, abandonó esta disciplina. Lo que marcó gran parte de su vida y su obra fue haber sido hijo de un pope de la iglesia ortodoxa. Al respecto, escribió: "A quien nunca se haya sentido tentado por la religión le faltará algo: saber lo que es el bien y el mal. A veces imagino la historia universal como un gran río del pecado original. Leo y releo el libro del Génesis y tengo la sensación de que en unas pocas páginas está todo dicho. Es muy emocionante. Aquellos nómadas del desierto tenían una visión completa del hombre y del mundo." (Cioran, 1997: 154)

Emil Cioran comienza y concluye su visión fatalista del hombre y del mundo con una sola idea: "El hombre está maldito desde el comienzo". Pero como no pretendía hacer de ello una doctrina, simplemente se dedicó a describir los horrores que vivía cada jornada. Hay que aceptar, junto con Cioran, que el hombre no es ni bueno ni malo, y que la maldición que lo persigue es que no puede vivir sin esas dos posturas.

Si el hombre no intentara hacer el bien, el mal sería una ocurrencia filosófica más. Afortunadamente, hay muchos hombres buenos que no deja-

rán descansar la idea de la maldad. Cioran, el filósofo lúcido que se lamentaba de que al hombre le gustara explicar sus locuras, no pudo, ni quiso, por duda y por rechazo a la convicción, definir al hombre como un ser bueno que lucha contra sus malas intenciones, ni como uno vil que logra el bien cuando se entorpece.

Como pensador fascinado por el escepticismo no le seducía la idea de enjuiciar al hombre. Lo sabía despreciable, indeseable, maldito y abominable, pero no responsable absoluto de todo el mal que provoca. En algunas ocasiones aprovechó la idea de un dios maldito para explicar porqué el mundo está tan mal hecho; en otras, la idea de naturaleza maldita para advertir que en esa maldición existe la idea de que el bien provoca que el mal sea percibido. Pero la idea principal de Cioran es la relativa a una creación errada, encaminada por completo a infestar del mal la vida y que por error crea el bien. “Con excepción de algunos casos aberrantes, el hombre no se inclina hacia el bien (...) Debe vencerse, hacerse violencia, para poder ejecutar el menor acto no manchado de mal”. (Cioran, 1979: 9)

Pero no se crea que se trata de un discurso nihilista anquilosado de entrada porque todo proceda del mal; no, se trata de un nihilismo que busca el estatismo (Cioran sabía por demás de esta imposibilidad) frente a esas dos formas de terror llamadas bien y mal.

El pensador rumano que escribió su obra en francés asumió la tarea de desengañador. Estuvo en contra tanto de la ominosa idea de bien, como de la de mal; no consideró la posibilidad de ser engañado por un genio malvado, ni lo amparó la seguridad de que después de destronar ambos conceptos algo mejor vendrá. Si algo caracteriza a Cioran es esa capacidad suya para espantar fanáticos entregados a la idea de que el hombre es perverso, y que con ello convierten el escepticismo en misantropía. Pensaba que existen suficientes razones tanto para ser mensajero del mal como para ser aspirante a santo, pero que lo mejor —como bien ha dicho Fernando Savater de la obra Cioran— es mantener el “alma alerta”.

Hay que aceptar que el hombre no necesita de doctrina alguna para provocar el mal; ya en sí mismo lleva el germen maléfico que sólo necesita la asociación para poder emanciparse. “Cada una de nosotros ha nacido con una dosis de pureza, predestinada a ser corrompida por el comercio con los hombres...” (Cioran, 1991: 33).

A base de experimentos mentales, Cioran supone un hombre completamente malo, que, paradójicamente, puede ser captado por los buenos, esos que no saben nada fuera de su esencia. En cuanto a un hombre completamente bueno, “en tanto que es, la conciencia le ignora y no lo capta más que cuando desaparece.” (Cioran, 1991: 9) El hombre no puede ser malo, incluso no puede aceptar que el mal exista; a lo sumo, puede aceptar que haya razones que lo conduzcan por el sendero de la maldad, pero no que haya un demonio que mueva su mano o un dios bueno que no le permita lograr el mal a plenitud. Y no es que esa criatura *ávida de absoluto* —como designaba Cioran al hombre— no tenga a la mano un dios bueno o un demonio para justificar las aberraciones que provoca, o para hacer valer sus razones, sino que no puede aceptar que sus empresas se correspondan con sus locuras. “El hombre ha nacido de una voluntad de superación y se ha convertido en locura de superación. Superarse, superarse siempre, ésa es su manía, su enfermedad. Si hubiese sabido permanecer en sí, no cruzar los límites de su ser, vivir en su fondo, en su capital, en lugar de extenderse y querer amasar y conquistar, ¡qué criatura admirable no sería!” (Cioran, 2000: 156)

Como escéptico, no podía participar de la visión de que la vida es un error pues tal error tendría que ser remediable; solamente quiso quitarle a la vida su dimensión afectiva. “Todo lo que he podido sentir y pensar se confunde con un ejercicio de anti-utopía”. (Cioran, 1998: 127) Deseaba mostrarlo ese ejercicio de manera tan cruel e insoportable como él la sentía. Claro que sin afán de convencer a nadie, ni con intenciones de hacer de su visión un absoluto.

Y a pesar de saber que todo se convierte en pesadumbre para el otro, el pensador rumano-francés se atrevió a escribir. Prescindió, como dudante, de las "verdades" a que había llegado. No se atrevió, por no hacer más mal en el mundo, a ser fiel a sí mismo, a seguirse y demostrar que tal vez él estaba en lo correcto. "En todo hombre dormita un profeta, y cuando despierta hay un poco más de mal en el mundo (...) Cada uno espera *su* momento para proponer algo: no importa el qué. Tiene una voz: eso basta." (Cioran 1991: 22)

Machacaba una y otra vez con la idea de que nada hay más horrible en el mundo que un fanático con una misión; y, peor aún, que tuviera el sueño monstruoso de llevarla a cabo. Aunque Cioran sabía bien que es imposible que el fanático sobreviva en un mundo que no le ofrece la posibilidad de manchar de sangre sus ideas o, para no ser tan severos, sin la certeza de que en el futuro otro podrá experimentarlas. "Cada cual cree, de manera inconsciente, que es el único que persigue la verdad, que los demás son incapaces de buscarla e indignos de alcanzarla. Esta locura está tan arraigada y es tan útil, que es imposible imaginar lo que ocurriría con cada una de nosotros si un día desapareciera". (Cioran, 1998: 40)

Fue el único que pensó que se podría prescindir de la convulsión que generan las ideas, por eso le dio por la extravagancia de la escritura consciente, que no es otra cosa que capturar la idea en estado de ebullición y no soltarla hasta que se haya apagado su fuego. Como bien decía: "En sí misma, toda idea es neutra o debería serlo: pero el hombre la anima, proyecta en ella sus llamas y sus demencias; impura, transformada en creencia, se inserta en el tiempo, adopta figura de suceso: el paso de la lógica a la epilepsia se ha consumado... Así nacen las ideologías, las doctrinas y las farsas sangrientas." (Cioran, 1991: 19)

Pero como estaba acostumbrado a la maldad del hombre, sabía que por esas ideas sería considerado un nihilista, pues según la casi totalidad de la humanidad, eso es verdaderamente malo. Y es que a todo aquel que le prive de sus demencias,

el hombre lo culpa de la totalidad de la descomposición de la vida. ¿Por qué? Porque se piensa que de allí nació el conflicto en que se desarrolló la vida. Aunque no sea verdad que por el hecho de ser indiferente a nuestras razones alguien sea forzosamente nuestro enemigo.

No hay que olvidar que la vida es monotonía: al fijarse en una posición no pasamos de allí; y aunque no es forzoso que el hombre decida en un instante lo que es bueno y lo que es malo, tampoco se le puede pedir que se pase al bando de los desengaños, pues el desengaño como tal, puede ser otra forma de querer entrar en razón. "He querido defenderme contra todos los hombres, reaccionar contra su locura, descubrir su origen; he escuchado, he visto y he tenido miedo: miedo de actuar por los mismos motivos o por cualquier otro motivo, de creer en los mismos fantasmas o en cualquier otro fantasma (...) de delirar en común..." (Cioran, 1991: 58)

Cioran es reconocible porque es el asesino de la esperanza, al menos dentro de su obra. No dice cómo desengañarse, ni piensa en la posibilidad de que el desencanto se generalice; muy por el contrario, sabe que su obra atraerá una masa de pobres diablos con tendencias homicidas, o sabrá Dios de qué otro tipo, desde la postura de quien pretende meditar, tirado en el sofá, el proceso de la vida, y querrá llevar a otros al sofá a escuchar las razones para permanecer tirados.

Quiso ser claro en sus escritos, y lo logró. Cualquiera que atienda su obra —sin estar buscando razones para hacer válidas sus locuras— no hallará excusas para alegar que su punto de vista es ya carente de maldad. Y si se le busca para establecer —por el proceder escéptico de Cioran— que da lo mismo ser asesino que escritor, he aquí la respuesta cioranesca al discípulo: "No hay iniciación más que a la nada y al ridículo de estar vivo". (Cioran, 1991: 28)

Pero la situación real es que el mundo no puede subsistir sin el mal, y aunque el bien es necesario para combatirlo, no es tan necesario como se cree, pues ya se ha comprobado que se puede iniciar la

carnicería en nombre de la razón o de los sentimientos de superioridad de raza o de un dios con respecto a otro. Lo sublime es qué tonterías nos faltan.

Parece como si el problema del bien y el mal ya sólo fuera accesorio; ahora ya nada más nos ocupa la necesidad de no pasar desapercibidos, ya sea como jefes de un plan malévolo o como seguidores de ese mismo plan. El plan y las dimensiones que alcance son lo de menos; lo importante es hacer el mal, pequeño o grande, pero que dañe.

Contaba Cioran que al frecuentar las cenas de la sociedad parisiense se daba cuenta de cuán anclada está a nuestra naturaleza la necesidad de hacer el mal, de dañar. Tal vez puede parecer exagerada, pero la anécdota es muy reveladora: "Durante algunos años frecuenté la sociedad parisiense, gente bastante fina, inteligente. Y advertí una cosa: en una cena, por ejemplo, había quienes no podían quedarse hasta el final. En cuanto salían, eran el blanco de quienes se quedaban, por eso yo salía siempre al último. Eso me llamó la atención, en personas cultas, muy sutiles: en particular, en casa de una señora muy rica, que me invitaba a menudo, comprendí que toda la gente es igual, rica o pobre. Ni siquiera se trataba de maldad personal, pero el hombre detesta al hombre. Eran hipócritas. Se cenaba bien, era muy agradable, pero liquidaban a la gente en cuanto salía. Todas aquellas personas no eran profundamente malvadas, pero conservaban ese instinto del alma, esa necesidad de hacer daño, de disminuir al otro. No hay nada que hacer. Creo que ha sido siempre así." (Cioran, 1997: 213)

Cioran fue capaz de ver los horribles móviles que posibilitan que la vida no se detenga. Observó que la utopía es el gran motor de la historia, pero no se engañó reduciendo el todo a esa hermosa agonía: también advirtió que el hombre tiene una oculta necesidad de rendir culto a los malos para no ser presa del arrepentimiento futuro de haber buscado siempre lo bueno.

"Un mundo sin tiranos sería tan aburrido como un jardín zoológico sin hienas" (Cioran, 1998: 78).

El hombre siempre ha buscado lo bueno, pero no le incomoda que de vez en cuando algún malvado realice su obra. Y es que la vida siempre le exige el mismo imperativo: sé bueno. Entonces se cansa y no duda en dejar que algún malo rompa con la monotonía y muestre otro camino. Y todo para seguir convenciéndose de que su camino es el bien.

Pero resulta que también hay hombres como Cioran, que se atreven a decir que su existencia se debe a un *exilio metafísico*, sin hallar manera de adaptarse al mundo y, lo peor, que le auguran al hombre un destino inexorable. "Por mucho que me remonte en mi memoria, miedo enfermizo a la gente. Ahora sé la razón: es que, siendo aún niño, lo que hacían no me interesaba. Lo mismo ocurre hoy. No discierno realidad alguna en lo que hacen y me veo completamente inepto para colaborar en su obra. Me siento excluido de sus actos, no valgo para nada." (Cioran, 2000: 76)

Lo que se puede temer no de la obra de Cioran sino de su vida, es que exhibe el estado último del hombre. No se trata ya de ese hombre que puede ser superado, a la manera nietzscheana, con una transmutación de los valores; no, se trata de un hombre que por exceso de lucidez quiere ver destruidas todas las ideas, pues sabe que por muy desgastada que esté una de ellas, siempre esconde un absoluto. Como la de hombre bueno, que aún con el poco calor que le queda, siempre existe el riesgo de que algún loco como Nietzsche la inyecte de furor y desprecio. "El hombre no puede ser superado, lo máximo que podemos hacer es renegar de él. *Debemos* renegar de él. Considero esa idea de superhombre un completo absurdo. Tan sólo pensar en los vicios propios de los animales nos hace ya estremecernos. Y los del hombre son mucho peores. Un superhombre tendría, naturalmente, cualidades, pero también los defectos de dichas cualidades, que serían terribles, mucho más terribles que el propio hombre". (Cioran, 1997: 194)

Cioran pensaba que el hombre debe seguir un camino inverso al que hasta ahora ha tomado; pero no se trata de cambiar las cosas, sino de despojarlas de todo el afecto que les hemos tenido.

Y si el mundo tardó tan poco en encantar al hombre, en encerrarlo en la monotonía de una locura tras otra locura, del daño tras el daño, ¿por qué no dedicarse a desencantarlo, a librarlo de la monotonía?

El pensador rumano creyó en que el ejercicio de desencantar es por completo ajeno a nuestra naturaleza, y que, para practicarlo, es necesario estar en contra de todas las leyes naturales. No recomendaba esa tarea por esa razón y porque si se cede al autoengaño de realizarla, puede ser que sólo estemos despertando al monstruo interior. "Por muy horrible que sea un monstruo, nos atrae secretamente, nos persigue, nos obsesiona. Representa, aumentadas, nuestra superioridad y nuestras miserias, *nos* proclama, es nuestro portaestandarte." (Cioran, 1998: 98)

Y al ver Emil Michel Cioran que no había forma de que el hombre pudiera emprender cosa alguna que no se confundiera con alguna de sus locuras, se lamentó desconsoladamente: "El hombre es un robot con fallas, un robot trastornado mezcla de automatismo y de capricho. Con tal de que se quede así y no lo compongan algún día". (Cioran, 1998: 152) LC

## BIBLIOGRAFÍA

- Cioran, Emil Michel (1979), *El aciago demiurgo*, Madrid, Taurus.
- \_\_\_\_ (1991), *Breviario de podredumbre*, Madrid, Taurus.
- \_\_\_\_ (1997), *Conversaciones*, Barcelona, Tusquets.
- \_\_\_\_ (1998), *Del inconveniente de haber nacido*, Madrid, Taurus.
- \_\_\_\_ (2000), *Cuadernos*, Barcelona, Tusquets.



*Ratto de la Sabina*, presentado en 1585, 410 cm altura, Loggia dei Lanzi.